

Dimensiones de Subjetividades políticas de manifestantes en una protesta antirepresiva. Diálogos entre el trabajo etnográfico y la investigación por encuestas⁷²

Bonvillani, Andrea⁷³

Recibido: 3/ 08/2021

Aceptado: 13/11/2021

Resumen

Este trabajo se propone ofrecer algunas ilustraciones empíricas acerca del proyecto teórico-analítico de definición de las subjetividades políticas como configuración de dimensiones cognitivas, emocionales y de las prácticas. Dichas ilustraciones provienen del diálogo establecido entre los emergentes del trabajo de campo cualitativo realizado desde 2012 en distintos escenarios de despliegue de una protesta antirepresiva que se realiza en Córdoba (Argentina) y los resultados de una encuesta aplicada a manifestantes de dicha arena de lucha.

La ruta que sigue el artículo es la siguiente. En primer término, presento la propuesta teórica antes referida, a partir de las discusiones centrales que ella articula, para luego explicitar la metodología utilizada. A continuación esbozo un mapa del sentir en esta acción colectiva tomando como organizador la línea de tiempo que marca la dinámica de la protesta, lo que inexorablemente me lleva a concluir que la disección teórica entre sentires-pensares-haceres es resistida por el peso del carácter configuracional de la subjetividad en lo empírico. En este marco propongo algunas categorías analíticas emergentes como "pensamientos sentidos", "emociones del estar juntos" y "zona de experiencia".

Palabras clave: configuración subjetiva; encuestas en protestas; emociones del estar juntos; zona de experiencia.

⁷² Este trabajo resulta de la participación de su autora en el Proyecto Juventud, política y Estado: un estudio sobre socialización, subjetivación y prácticas políticas juveniles, en vinculación con los procesos socioestatales de producción de la/s juventud/es en Argentina (2011-2019), PICT (FONCyT); código: PICT-2017-0661. Dirección: Miriam Kriger.

⁷³ Investigadora Adjunta CONICET-IIPSI-UNC / Docente Investigadora Facultad de Psicología, UNC. E-mail: abonvillani@gmail.com

Dimensions of political subjectivities of participants in an anti-repression protest.

Dialogues between ethnographic work and survey research

Abstract

The purpose of this paper is to offer some empirical illustrations about the theoretical-analytical project of defining political subjectivities as a configuration of cognitive, emotional and practical dimensions. These illustrations come from the dialogue established between the emerging qualitative field work carried out since 2012 in different scenarios of deployment of an antirepressive protest that takes place in Córdoba (Argentina) and the results of a survey applied to participants from that fighting arena.

The path followed by the article is the following. First of all, I present the aforementioned theoretical proposal, based on the central discussions that it articulates, and then explain the methodology used. Next, I outline a map of the feeling in this collective action, taking as an organizer the timeline that marks the dynamics of the protest, which inexorably leads me to conclude that the theoretical dissection between feelings-thoughts-actions is resisted by the weight of the configurational character of subjectivity in the empirical. In this framework, I propose some emerging analytical categories such as "felt thoughts", "emotions of being together" and "zone of experience".

Keywords: Subjective configuration; surveys in protest; emotions of being together; zone of experience.

Introducción

Desde hace más de una década la Marcha de la gorra (en adelante, MDG) constituye un hito en el "campo antirepresivo cordobés" (Bonvillani, 2020a), ya que aloja a un grupo significativo de jóvenes que se manifiestan en las calles céntricas de la ciudad de Córdoba (Argentina) en contra de las políticas públicas de seguridad del Estado Provincial, cuya aplicación conlleva su hostigamiento cotidiano (Bonvillani, 2020b). Este proceso de violencia estatal escala hasta los denominados casos de "gatillo fácil", que se presentan frente a la opinión pública como accidentes o resultantes de un enfrentamiento para encubrir asesinatos a manos de la policía local⁷⁴. Uno de

⁷⁴Recientes datos estadísticos nacionales corresponden al contexto de pandemia: hasta el mes de agosto de 2020 se registraron 34 episodios de gatillo fácil, enmarcados en detenciones y controles

los aspectos violatorios de derechos humanos más ominosos que esta situación conlleva es su discrecionalidad. Desde la mirada social hegemónica la “gorra” es un elemento que opera como indicativo de peligrosidad atribuido de manera mecánica y estigmatizante a personas⁷⁵ sindicadas como responsables de la inseguridad urbana, a instancias de su condición de pobreza⁷⁶, razón por la cual da nombre a la protesta.

En el Grupo “Violencia institucional, Resistencias y Militancias juveniles”⁷⁷ estudiamos la MDG desde 2012, teniendo como horizonte avanzar en el conocimiento de los activismos juveniles, a partir de la problematización de los procesos de subjetivación política en sus dimensiones emocionales, cognitivas y prácticas. En esta trayectoria ha primado el enfoque etnográfico profusamente reportado, mientras que en los últimos años hemos aplicado encuestas a manifestantes. La inspiración de esta estrategia metodológica mixta fue poner en diálogo líneas de sentido que emergieron en el proceso cualitativo, con algunos datos que nos permitieran avanzar en la caracterización de participantes como sujetos políticos. De acuerdo a lo que subrayan algunos autores del campo de estudio de las protestas callejeras, se estima que complementar análisis de entrevistas y etnografía con los de encuestas permite lograr retrato más completo de su estado (Fisher, *et. al.*, 2019).

Para González Rey (2012) “subjetividad política” es un dominio específico de la subjetividad referido al campo de la política, definición sobre la que difiero en dos aspectos interconectados. Por una parte aquello que podría pensarse como campo de la política o estructuras políticas institucionalizadas, es apenas un modo de presentación de la politicidad, entendida como cualidad potencial que puede alojar cualquier vínculo social en el que se tramite poder (Bonvillani, 2020a). Por otra, la(s) subjetividad(es) se definen como inherentemente políticas, en el sentido de que se configuran en distintas prácticas de politicidad, que no actúan como estímulos externos para una subjetividad ya constituida, sino que son experiencias que la producen en tanto tal. Ahora bien, si toda subjetividad es entendida en sí misma como una operatoria política, cabría interrogar la pertinencia de sostener la “subjetividad política” como una categoría aut noma. No obstante, propongo retenerla como una estrategia discursiva contraria a la tendencia

establecidos para garantizar el aislamiento social. En Córdoba, el 54% de estas víctimas son menores de 25 años (Llano en Llamas, 2020, p. 99).

⁷⁵ Se intentar  utilizar fórmulas de lenguaje masculino genérico. En caso de que esto no sea posible, no debe atribuirse una intencionalidad sexista.

⁷⁶ He trabajado de modo intensivo estos aspectos en Bonvillani (2015a, 2020b y 2020c)

⁷⁷ Radicado en el IIPSI (Facultad de Psicología-Universidad Nacional de Córdoba-CONICET) bajo la dirección de la autora de este artículo.

a la apoliticidad, desde la cual diversas perspectivas teóricas actuales piensan a los sujetos desde la “muerte de las ideologías” (Bonvillani, 2012, pp. 192-193)⁷⁸.

La categoría subjetividad (política) no puede ser entendida por fuera de un orden de conflictividad que caracteriza los procesos de inclusión/exclusión en el capitalismo en la actualidad: es un prisma que permite analizar cómo dichos procesos nos constituyen en sujetos, al encarnarse como modos de percibir, de sentir y hacer con la realidad pero también las posibilidades de emancipación subjetiva en múltiples formatos.

Por consiguiente, el proceso de subjetivación política puede producirse en diversos contextos de experiencia, ya sean los propios de la concepción tradicional de la política (partidarios, de representación estatal), los imaginados como campo específico de la socialización política (familiares, escolares, comunitarios, etc.) y otros que muestran diversidad de formatos de politicidad (socioculturales, movimientos sociales, acciones colectivas, etc.). En este caso, a los fines de ilustrar mi propuesta teórico-analítica, me concentraré en el registro subjetivo de activistas en una protesta antirepresiva que asume la forma de una “manifestación colectiva”, puesto que se trata de la ocupación masiva de la calle para hacer visible una demanda (Fillieule y Tartanowski, 2015).

En este marco, este trabajo se propone ofrecer algunas ilustraciones empíricas acerca del proyecto teórico-analítico de definición de las subjetividades políticas como configuración de dimensiones cognitivas, emocionales y de las prácticas. Dichas ilustraciones provienen del diálogo entre los emergentes del trabajo de campo cualitativo realizado y algunos resultados de una encuesta aplicada a manifestantes en esta arena de lucha.

La ruta que sigue el artículo es la siguiente. De inmediato presento la propuesta teórica antes referida, a partir de las discusiones centrales que ella articula, para luego explicitar la metodología utilizada particularmente en lo que hace al uso de la encuesta en la edición 2019 de la MDG. A continuación analizo las dimensiones emocionales, cognitivas y prácticas de las subjetividades políticas de los activistas, a partir del diálogo entre respuestas obtenidas en el cuestionario y el acervo de conocimientos producido en la trayectoria cualitativa de investigación de esta acción de protesta colectiva.

⁷⁸ Por el momento utilizo el significante subjetividades acompañado del adjetivo “política” de manera indistinta.

Configuración psicosocial de las subjetividades y sus dimensiones

Más allá de la necesidad de producir conceptualizaciones acerca de la “subjetividad” en tanto objeto teórico, dado los vacíos constatables en diversos campos de estudio donde se lo utiliza sin definirlo (Bonvillani, 2020a), es evidente que se trata de un desafío: delimitar conceptualmente sin sustancializar. En consideración de lo cual la pregunta que guía esta propuesta es: ¿Cómo estamos entendiendo la/s subjetividades/es⁷⁹ desde determinadas premisas teóricas?, más que ¿Qué es la subjetividad?

El punto de partida será constatar la inexistencia de “la” subjetividad en tanto sustancia que pudiera rastrearse en lo empírico desde algún a priori, ya que no se trata de una estructura preformada o de una esencia, sino de una relación mutuamente productiva entre: a) unos modos de emoción, percepción, pensamiento, valoración, deseo y b) dimensiones socioculturales que enmarcan procesos de socialización. Dicho de otro modo, lo socio-histórico opera como condición de producción de las subjetividades, entendidas como modalidades singulares de ser y de habitar el mundo, darle sentido y tomar posición en él.

En su representación hegemónica, sentimientos, percepciones, pensamientos, valoraciones y deseos, son considerados como “estados internos de los sujetos actuantes” (Ortner, 2005, p. 37) e identifican lo meramente “subjetivo”, es decir, el reino de lo íntimo, de lo privado y aquello que define nuestro sello personal⁸⁰.

Esta “presunción de interioridad” (Ahmed, 2014, p. 31) se debe, en parte, a las modalidades discursivas por las que estos estados aparentemente internos se manifiestan: “Estas narraciones de sí que le permiten al sujeto expresar la propia subjetividad toman la forma de enunciados formulados en primera persona singular (yo), aunque resulten de un complejo proceso de construcción psicosocial (nosotros) enmarcado en unas condiciones sociohistóricas particulares” (Bonvillani, 2020a, p. 195-196). Didácticamente puede afirmarse que percibimos el producto, pero quedan invisibilizadas las relaciones y los procesos que lo generaron, de tal suerte que cualidades o propiedades que se representan como una especie de sustancia “interna” son, en

⁷⁹ Esta lógica de la multiplicidad en la cual se inscriben las subjetividades en este trabajo fundamenta su formulación en plural.

⁸⁰ Ahmed (2014) indica que, al considerarlas estados psicológicos, se ha producido una captura de las emociones por parte de la psicología. Se podría pensar que esta reducción individualista opera en cualquier forma de expresión de las subjetividades –no solo las emociones- y se manifiesta en el tratamiento en equivalencia que se les suele dar a las nociones de identidad y de subjetividad (Bonvillani, 2017).

realidad, la “internalización” de condicionamientos sociales y culturales que, a su vez, asumen matices en sus intensidades y formatos al enmarcarse en nuestras biografías particulares.

Desde mi perspectiva la monumental obra de Pierre Bourdieu hace un aporte central a la comprensión de nuestro tema: el reconocimiento de la presencia de lo social y lo cultural como constitutiva de lo subjetivo a través del concepto de “habitus”, es decir, disposiciones duraderas a percibir, pensar y actuar que se encarnan en los cuerpos como producto de la internalización de las instituciones sociales (Bourdieu, 1991).

El concebirla como un sistema disposicional permite, a su vez, superar la idea de la subjetividad como una “cosa” que cada individuo porta y cuyo contenido podría definirse de antemano. Las subjetividades resultan de un proceso de construcción interpretante emergente de una instancia de investigación, por medio de la cual se pueden perfilar sus bordes, sus aristas y sus texturas. Esto implica la imposibilidad lógica de un enunciando del tipo: “La subjetividad de tal sujeto es (de esta o de esta otra manera)”, ya que su emergencia es producto del discernimiento de un conjunto variado y complejo de “producciones subjetivas”: pensamientos, emociones, valores y prácticas que configuran estas maneras de ser y de hacer a las que aludí anteriormente y que denomino “dimensiones de la(s) subjetividad(es)”, aspecto que retomaré más adelante.

Ahora bien, tomando en consideración las críticas que ha recibido el habitus en tanto reducido a una mera “externalización del producto de la interiorización de las coacciones sociales” (Lahiere, 2005, p.157), desdibuja la potencia de creación e imaginación subjetiva. Esto ocurre, en parte, porque deja en invisibilidad los matices y las particularidades que las coordenadas de espacio y tiempo específicas le imprimen a las experiencias de socialización en las cuales los habitus se producen.

En el trabajo de comprensión de las subjetividades en términos de un campo de estudio específico he intentado poner en diálogo la perspectiva de Bourdieu a través de su propuesta de habitus, recuperando en forma particular su condición disposicional producida en unas condiciones socio-culturales, con la de otros autores capaces de superar ciertos impasses deterministas. En ese marco el esfuerzo por caracterizar lo subjetivo con énfasis en las capacidades de creación e imaginación sin renegar de los condicionamientos del tejido social se ha nutrido de la perspectiva histórico-cultural desarrollada por Fernando González Rey.

En forma específica, la categoría “configuración subjetiva” (González Rey, 2002) define una forma de organización dinámica de los sentidos subjetivos que pone en articulación múltiples

registros (social, cultural, biológico, semiótico, etc.) y permite pensar un orden de fenómenos nuevos no reductible a uno de ellos ni a su sumatoria.

Siguiendo al mismo autor, ese “sentido subjetivo” refiere a una cualidad fundamental de las subjetividades, como es la capacidad de producción simbólica sobre las experiencias vividas: esto implica sostener una dimensión activa y generativa de lo subjetivo muy alejada de su caracterización como un reflejo automático de la vida social y cultural en las que se configura.

Los sentidos subjetivos son generados en experiencias ancladas en espacios materiales y simbólicos delineados tanto por la cultura como por los momentos del propio trayecto vital. Por ello revisten un carácter situado, aunque no mantienen una relación lineal y mecánica con aspectos externos, sino de elaboración simbólica de los mismos, especialmente los referidos a las tramas de relación familiar, social, política, etc.

Siguiendo el señalamiento de Lahiere (2005, p. 153), cuando afirma que “es difícil comprender totalmente una disposición si no se reconstituye su génesis (es decir las condiciones y modalidades de su formación)”, me encuentro desarrollando una propuesta teórico-analítica que he denominado “configuración psicosocial de las subjetividades” (Bonvillani, 2020a). Se trata de una apuesta teórica⁸¹ que se hace cargo de la tensión entre el reconocimiento de la presencia de lo socio-histórico y lo vincular como constitutivo de lo subjetivo y la posibilidad de preservar una cualidad eminentemente singular de cada sujeto.

Esta perspectiva configuracional, claramente heredera de la tradición de pensamiento de González Rey, designa la modalidad compleja, mutuamente afectada y dinámica en que se ensamblan los diversos aspectos (socio-históricos, deseantes, vinculares, culturales, etc.) que hacen posible la constitución de las subjetividades. La figura retórica que contiene permite graficar tanto un modo de concebir las relaciones en las que se producen subjetividades, como la forma en que se articulan las dimensiones que la constituyen.

En esta clave la producción de las subjetividades tiene como soporte el cuerpo: un organismo vivo que necesita para reproducirse del acceso a recursos económicos y sociales (alimentación, vivienda, salud, etc.). Este devenir material de la vida humana, se desarrolla en un

⁸¹ Las bases epistemológicas en las que se apoya esta propuesta implican revisar críticamente el reconocido dualismo individuo-sociedad, es decir aquella forma de comprender la relación en términos de pares mutuamente contradictorios y que deriva en reduccionismos y esencialismos de distinto tipo. Esta herencia del pensamiento occidental moderno, se proyecta en la reducción mecánica de lo subjetivo a lo individual y de lo colectivo a lo social (Bonvillani, 2017).

periodo histórico, compartiendo cotidianeidad con contemporáneos. La clave cultural de esta dimensión histórica puede pensarse como “clima epocal”, es decir, como el conjunto de modos de ser o de actuar que expresa lo característico de cada período. Esta metáfora permite incluir en el análisis de los procesos de subjetivación un conjunto de pautas culturales, estilos de vida y regímenes de sentidos que siendo propios del momento histórico considerado, delinear una determinada manera de percibir, sentir e interpretar el mundo. En síntesis, el proceso de configuración de subjetividades est  anclado a coordenadas históricas y condiciones materiales de existencia.

El carácter “psicosocial” de esta configuración está dado por la presencia fundamental de la otredad en la experiencia de intersubjetividad, la cual se particulariza en los múltiples registros del lazo social, a lo largo de los procesos de socialización: vínculos familiares tempranos, participación en diversas grupalidades, colectivos, comunidades y organizaciones.

La configuración psicosocial de las subjetividades supone, al mismo tiempo, la inscripción del sujeto en un orden simbólico específicamente humano. Dicha inscripción hace posible tanto la incorporación de lógicas normativas institucionalizadas que regulan la vida en común, como la dotación de recursos simbólicos –fundamentalmente el lenguaje- que habilitan el despliegue de la capacidad generativa de significaciones y prácticas. Los procesos de creación incesante de sentidos acerca de estas condiciones materiales y simbólicas en las que se produce y desarrolla la subjetividad, junto con las posibilidades de articular proyectos colectivos, constituyen dimensiones de la agencia subjetiva.

Además de descansar en esta condición situada en un plano socio-histórico-cultural, las subjetividades se configuran en un pliegue biográfico que imprime el sello de la singularidad al proceso. De ahí la importancia que tiene la experiencia, como un operador epistémico que permite analizar los modos como las estructuras sociales, culturales e históricas, así como los vínculos y relaciones intersubjetivas que se entrelazan en las trayectorias biográficas, configuran subjetividades.

La experiencia, entonces, no es el hecho en sí sino su registro e inscripción en la subjetividad que le ha dado sentido, instancia en la cual la propia subjetividad se genera. La figura del pliegue permite comprender este aspecto del proceso de subjetivación: viviendo y construyendo experiencia el sujeto deviene tal. Partiendo de esta conceptualización, la experiencia hace posible la conformación de estos modos de ser y estar en el mundo con otros y otras, lo cual implica tomar distancia de cualquier explicación de la subjetividad en términos de algo dado al

nacer o pre-experiencial: “No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia” (Scott, 2001, p. 49).

Entonces, en el contexto de este trabajo, una pregunta que nos guía es: ¿Qué formas de subjetivación política configura la experiencia de participar en la MDG?

Los enunciados que constituyen mi propuesta de configuración psicosocial de las subjetividades resultan altamente abstractos porque intentan explicar procesos generales. Un desafío, entonces, es la construcción de mediaciones conceptuales que hagan posible el análisis de los modos de expresión concreta de las subjetividades políticas. En este marco, denomino “dimensiones” a un conjunto articulado de producciones subjetivas que permiten avanzar en la exploración de las subjetividades: emociones, percepciones, cogniciones, valoraciones, prácticas (Bonvillani, 2012, 2015b).

Gran parte de estas nociones remiten a las clásicas denominaciones adoptadas por la psicología para designar las facultades humanas. No obstante, desde la perspectiva asumida, no refieren a funciones psicológicas aisladas, porque operan como dimensiones entramadas de manera compleja y dinámica. Hacen parte de la configuración subjetiva, es decir, de una organización plástica cuya forma y característica puede modificarse a partir de las relaciones de mutua articulación y de situaciones vitales que se despliegan en el curso de la acción individual y colectiva de los sujetos.

Asumir esta perspectiva configuracional implica sostener que estos dominios subjetivos no mantienen una relación lineal de causa-efecto, sino de diálogo recursivo mutuamente modificante. Su capacidad explicativa para dar cuenta de la experiencia subjetiva, depende de las articulaciones locales que realizan entre sí, por lo que su definición en forma diferenciada solo tiene un carácter didáctico: “Lo que estoy proponiendo es que en la experiencia vital, la subjetividad no resiste una disección entre lo que se piensa y lo que se siente, simplemente se vive, existe, es” (Bonvillani, 2015b, p. 109).

En el marco de lo que he denominado “universo simbólico-afectivo” (Bonvillani, 2010, p. 41), podemos encontrar una constelación de conceptos asociados en mayor o menor medida al sentir (emociones, sentimientos, sensaciones, pasiones, afectos) y por otro aquellos que componen una especie de campo de atracción en torno a la razón/cognición (ideas, conceptos, información, conciencia, representación). Aunque todos ellos han sido objeto de atención desde los albores del pensamiento, las profundas controversias que atraviesan el debate están lejos de ser

saldadas. En este trabajo me concentrar  en algunas puntualizaciones sin ánimo de exhaustividad, sino para avanzar en su uso analítico.

En primer término discutir  la fertilidad de establecer una diferencia radical entre “afecto” y “emoción”. Como producto del denominado “giro afectivo”⁸², autores como Massumi (1995), sostienen que el afecto corresponde a una ontología de fenómenos que escapan a la conciencia humana y al discurso, en oposición a la emoción que se encuentra fijada por convenciones socio-semióticas en circuitos de narración previamente formados. De este modo, la naturaleza del afecto es irreductiblemente corporal y aut noma respecto de la representación y, por ende, sería algo así como el reino primario de intensidades somáticas no concientes, libre de la normativización de la razón y de la palabra.

Lo que late en el corazón de esta disputa es una reacción frente a la persistente subordinación de la mente sobre el cuerpo⁸³, en una deriva que invierte esa jerarquía a favor de los afectos, como si en la afectación corporal se pudiera contener la pureza de lo eminentemente humano al preservarlo de la contaminación racional-discursiva. Como señala de modo pertinente Ahmed (2014), esta suerte de militancia antirepresentacionista puede deslizarse hacia versiones biologicistas o, incluso, innatistas respecto del sentir.

Intentando eludir otra dicotomía aparentemente irreductible –esto es la de la cultura versus naturaleza–, conviene preguntarse reflexivamente si a estas alturas del devenir humano hay algo que escape a la significación simbólica. Si de lo que se trata es de interrogar nuestra condición existencial en el mundo, no podemos ignorar los distintos órdenes de normatividad que nos hemos dado para vivir en sociedad, incluido el discursivo. Desde este punto de vista, las emociones se constituyen en una llave epistemológica para comprender los modos como la cultura da forma a las sensibilidades y las modalidades de habitar corporalmente al mundo. Efectivamente ellas est n en correspondencia con aquello que nos interesa y nos afecta en tanto parte de una comunidad y, en consecuencia, pueden comprenderse como prácticas sociales y culturales (Ahmed, 2014).

⁸² Aparece a mediados de la década de 1990 para privilegiar aspectos sensoriales de la experiencia, frente al agotamiento del denominado “giro ling stico” característico de la segunda mitad del siglo XX (Encizo Domínguez, 2015). Se lo puede entender como una suerte de reacción al racionalismo subyacente en la entronización de la dimensión representacional-discursiva, sobre todo cuando esta se concibe como una mera función de “copia” de la realidad. Más adelante discutir  otras formas de entender la representación.

⁸³“La idea cartesiana de un yo como mente transparente capaz de conocer el mundo mediante la razón, viene a relegar a las pasiones a la oscuridad del mundo del cuerpo, para someterlas al imperio del pensar, como si el sentir no fuera también un acto constitutivo” (Bonvillani, 2017, p. 235).

En sintonía con lo anterior, he propuesto la existencia de una especie de modulación socio-cultural de las emociones: el contexto social, inmediato y mediato (interaccional), genera un campo de expectativas internalizado subjetivamente que condiciona cuáles y cómo deben manifestarse en público (Bonvillani, 2010, 2013, 2015b).

El cuestionamiento dirigido a la noción de representación⁸⁴, en particular el emprendido por tradiciones constructivistas o anti-racionalistas, es que parte del supuesto de una realidad pre-constituida e independiente del sujeto, la cual sólo puede ser conocida a partir de la producción de su imagen especular (representación). En la medida en que el realismo en la producción del conocimiento funciona como garantía de su verdad, este “representacionismo” sería la plenitud del dualismo cartesiano.

Para otros autores, en cambio, “la actividad representacional tiene una función simbólica, ya que por su intermedio un mismo objeto social adquiere diferentes significados, según los actores sociales y en contextos específicos” (Castorina, 2016, p. 100). Más allá del significado otorgado a esta noción, el ejercicio vale la pena en orden a explicitar la siguiente proposición: de acuerdo a la concepción de subjetividades antes propuesta, los sujetos cuentan con la capacidad simbólica de construir significados socialmente y así dar sentido al mundo. De este modo, el acto de conocer la realidad no se reduce a reflejarla pasivamente, sino a crearla y recrearla a través de procesos de significación, enmarcados en interacciones sociales.

Siguiendo a González Rey (2002), el conocimiento es una producción subjetiva, que no solo aparece como una operación intelectual apoyada en cierto sistema de procesamiento de informaciones, sino que expresa formas simbólico-emocionales (sentidos subjetivos) en el marco de una configuración subjetiva específica.

A diferencia de lo que sugieren ciertas expresiones de la Psicología social cognitiva (Castorina, 2016), lo cognitivo no se reduce a la manipulación de la información por parte de un individuo aislado, porque el ejercicio del pensamiento supone la puesta en juego de capacidades de interpretación y de argumentación en las que interviene el sentido común cotidiano. Estas formas de pensamiento social se presentan de diversas texturas: creencias, mitos, datos empíricos directos, discursos políticos, religiosos, científicos, mediáticos, etc., las cuales, a su vez, son procesadas y articuladas en un micro mundo sensitivo y valorativo que hace a la particularidad de

⁸⁴ El concepto “representaciones sociales”, propuesto originalmente por Moscovici e inspirador de un linaje conceptual e investigativo, ha sido especialmente objeto de estas críticas. Para una profundización puede consultarse Castorina (2016).

cada experiencia subjetiva. Desde el análisis microsociológico, por su parte, se señala que tanto nuestras cosmovisiones como las operaciones lógicas que nos permiten pensar no se explican por sí mismas, sino que emergen de prácticas sociales desarrolladas en marcos intersubjetivos (Collins, 2009).

En síntesis, una misma situación puede ser significada de modos muy diferentes de acuerdo al prisma de la subjetividad particular, porque el procesamiento cognitivo de datos se ve conmovido por los afectos, los deseos y los valores, mostrando la capacidad de creación de sentidos, fantasía e imaginación que caracteriza la subjetividad humana.

Como se ha evidenciado, las dimensiones de las subjetividades aluden a conceptos que operan como categorías analíticas dentro de tradiciones teóricas consolidadas, lo cual es especialmente evidente en el caso de la serie prácticas, acciones, comportamientos.

Este último concepto carga con la impronta de las explicaciones reflejo-conductuales que invisibilizan la mediación de sistemas de significación subjetiva entre el registro de experiencia y los cursos de acción emprendidos, siendo entonces impropio pensar esta dinámica bajo la lógica de un causalismo mecánico. Un aspecto que se deriva del anterior es que esas orientaciones de la acción son de carácter valorativo/normativo al situarse en y respecto de un orden socio-cultural dado. De lo que se trata en síntesis es de enraizar la acción en las condiciones sociales y de interacción situada, así como lo hemos propuesto con las demás dimensiones de la subjetividad.

La atribución naturalizada de acceso pleno del sujeto a su propia intencionalidad ha sido un problema clave en el estudio de las subjetividades políticas, ya que parte del supuesto que estos procesos implican una toma de conciencia sobre un orden injusto que se monta exclusivamente sobre la representación racional de una situación vivida, poniendo en evidencia la versión hegemónica de sujeto racional de la psicología (González Rey, 2012). En este marco de discusión el concepto de prácticas sociales (Bourdieu, 1991), permite ubicar un espacio de acción no necesariamente consciente ni inconsciente, sino ajustado a condiciones objetivas en las cuales se vive y se despliegan dichas prácticas, así como a su incorporación configuradora de esquemas de sentido que operan al modo de saberes prácticos acuñados en las experiencias cotidianas. Esta posición permite recusar, además, el esencialismo subyacente en la idea de una intención individual efecto de un cálculo racional que evalúa costos y beneficios de modo consciente y con independencia de sus condiciones de vida, tal como lo asume la Teoría de la acción racional. Bourdieu (1991) crítica enfáticamente la noción de racionalidad de cálculo y propone la razonabilidad de las prácticas de los agentes dentro de su propio sistema de comprensión que

incluye tanto representaciones como “esperanzas subjetivas” motorizadas por los deseos y la libido (Bourdieu, 1999).

La Teoría de la acción racional ha sido trasladada al estudio de la militancia para definirla como una decisión de individuos aislados motivados a participar en un esfuerzo de grupo, a partir de la ponderación objetiva de incentivos y sanciones (Olson citado en Jasper, 2012).

Más allá de establecer clasificaciones a priori, lo importante es poner a trabajar estas categorías a la luz de problemas/preguntas específicas, como en este caso los procesos de subjetivación en la experiencia-MDG.

Metodología

Este artículo se apoya en el diálogo establecido entre los emergentes del trabajo de campo cualitativo realizado desde 2012 en distintos escenarios de despliegue de la MDG y los resultados de una encuesta aplicada a manifestantes en su décimo tercera edici n⁸⁵.

En el marco de lo que denominó “Etnografía colectiva de eventos” (Bonvillani, 2018a) centrada en la movilización en tanto evento de múltiples cronotopos (antes, durante y después de la acción en la calle), se desarrollaron diversas técnicas de producción de datos, tales como observación y registro sistemático en terreno, entrevistas en profundidad, entre otros recursos conversacionales.

Por su parte, la encuesta se aplicó el día 28 de noviembre de 2019 in situ a manifestantes de la edición décimo tercera de la mencionada protesta. A tales efectos se conformó un equipo de 24 encuestadores, bajo la coordinación de la autora de este trabajo⁸⁶. La administración se realizó durante todo el trayecto de la marcha por distintas calles céntricas de la ciudad, priorizando la

⁸⁵ Dicho instrumento se aplicó también en 2016 y 2017 pero por razones de extensión estas versiones no serán consideradas.

⁸⁶ Este equipo se integr  por estudiantes avanzados de la carrera de Psicología (Universidad Nacional de Córdoba), reclutados a través de convocatorias abiertas en dicho ámbito. Fueron capacitados en un encuentro presencial de cuatro horas, instancia en la que se explicó cada uno de los ítems que integraban la encuesta y se hizo un ensayo de toma, a través de la técnica de role-play. A cada encuestador se le entregó un set que incluía una credencial identificatoria y volantes para entregar a los encuestados, conteniendo una frase de agradecimiento y un mail para contactarse con el equipo en caso de considerarlo oportuno. Una hora antes de la concentración, todo el equipo se reunió en cercanías a este punto a los fines de revisar el protocolo establecido. Esta actividad fue voluntaria y no remunerada. Agradezco particularmente la colaboración de Mariano Terrone en esta tarea.

instancia de concentración en inmediaciones de la Casa de Gobierno provincial, ya que el momento “estacionario de la multitud” facilita esta logística (Fisher, *et. al.*, 2019).

Si bien se utilizó un muestreo no aleatorio de tipo accidental, se procur  lograr una similar probabilidad de los manifestantes de ser encuestados, lo que motivó un especial atención a la distribución de los encuestadores, en consonancia con antecedentes de estudios de protestas que utilizan esta metodología, tanto en el medio local (Annunziata, 2020), como internacional (Klandermans, *et. al.*, 2014). Apelando a conocimientos previos sobre lo que podrá denominarse la “geografía del trazado de la marcha” (Bonvillani, 2016), a cada integrante del equipo se le asignó uno de los bloques que componen su columna central (agrupaciones artísticas, familiares y allegados a jóvenes asesinados por gatillo fácil, organizaciones territoriales y de Derechos humanos, agrupaciones estudiantiles, sindicatos y partidos políticos), así como entre manifestantes solitarios o que lo hacían en pequeños grupos no identificados con pertenencias a los bloques antes definidos, y que en la comunidad de sentido de las militancias locales suelen denominarse “autoconvocados”.

Como señalan algunos antecedentes, la aplicación de la encuesta en el momento de la protesta aumenta la confiabilidad de la información obtenida, puesto que las respuestas se ven menos afectadas por sesgos de memoria (Somma, *et. al.*, 2019).

Como parte de la consigna, se trabaj  intensivamente con encuestadores el énfasis hacia el encuestado en la explicitación de la garantía de su anonimato, compromiso ético ineludible en cualquier estudio, pero especialmente sensible en este caso debido a la naturaleza antirepresiva de la movilización y a los riesgos derivados para la seguridad de los participantes.

Se obtuvieron un total de 226 cuestionarios, en el marco de una movilización que fuentes periodísticas locales consideraron “masiva”.⁸⁷ El instrumento constó de 25 preguntas abiertas y cerradas. En este trabajo se hará foco en el análisis de las respuestas espontáneas obtenidas a la pregunta:  Podr as decirme tres palabras que describan lo que sentís de estar acá?, las cuales se “cruzaron” con datos sociodemográficos y otros referidos a la experiencia en estudio (cantidad de marchas a las que se ha asistido, columna en la que marcha, experiencias negativas con la policía, orientación ideológica, etc.).

⁸⁷ Fuente: La nueva mañana, 28/11/2019. <https://lmdiarario.com.ar/contenido/192861/se-realiza-este-jueves-la-13-marcha-de-la-gorra-en-cordoba-y-otras-ciudades-del->. Aunque no se busca lograr representación estadística, la escasa proporción de rechazos a responder el cuestionario (inferior al 1%) colabora con la fiabilidad de los datos.

El uso de la encuesta se orienta a aportar elementos de juicio empírico con un carácter exploratorio y descriptivo, sin pretensiones de generalización estadística.

Se utilizó el programa SPSS (Statistical Program for Social Science), a excepción de las respuestas a preguntas abiertas con las que se realizó una codificación posterior, de acuerdo con ejes de interpretación explicitados.

Análisis

a) Breve caracterización sociodemográfica de la muestra

En cuanto al género autopercebido, un 55% se reconocen mujeres, mientras que un 38% varones y el resto se considera "otro/a". La media de edad es de 25,73 años y más del 70% de la muestra tiene entre 18 y 29 años, con un rango mínimo de 12 años y máximo de 61.

Respecto de la residencialidad, el 37% de los encuestados proviene de una suerte de conglomerado de barrios aledaños al centro de Córdoba y a la ciudad universitaria (Alberdi, Centro, General Paz, Güemes, Jardín, Nueva Córdoba), factor que podría perfilar un componente de estilo de vida vinculado al mundo universitario local.

El 52% de los encuestados se encuentran estudiando, mientras que el 63% de los que manifestaron haber concluido han completado el nivel medio. En consonancia con lo anterior, un dato de interés es que del total de encuestados, más de la mitad (55%) han tenido experiencia universitaria, ya sea porque han finalizado estudios en ese ámbito o se encuentran actualmente cursándolos. De ese número, casi el 70% se refieren a carreras de Ciencias Sociales, humanidades y Artes (particularmente Psicología y Trabajo social).

Un 57% tiene ocupación, la mitad de estos son empleados en docencia y comercios, mientras que un 32% corresponde a ocupaciones informales por cuenta propia (cuidadoras de niños, empleadas domésticas, artesanos, etc.) y changarines (albañiles). Un 9% de los que manifestaron tener un empleo, lo desarrollan en organizaciones sociales y políticas en territorio (copas de leches, comedores comunitarios, etc.). El 2% restante son becarios o profesionales.

b) Un mapa del sentir en la MDG

Los resultados obtenidos en la pregunta por el "que se siente de estar ahí" arrojan una textura compleja y variada, atravesada por la dispersión y la ambigüedad. Frente a esto intenté delinear un panorama del registro subjetivo de la participación en esta acción de protesta colectiva, teniendo

en el horizonte que “los sentimientos son desordenados y cuando las experiencias humanas son desordenadas, exagerar la obsesión por las distinciones puede significar perder capacidad descriptiva” (Ahmed, 2014, p. 316).

En primer término identifiqué emociones consideradas prototípicas en la literatura del campo de las protestas sociales, tales como la ira (Van Stekelenburg & Klandermans, 2013), la alegría, la tristeza y el miedo, en tanto remiten a emociones movilizantes y desmovilizantes (Gould citada en Jasper, 2012). Resultó un importante desafío de categorización determinar la inclusión de una palabra como variación semántica de estas variables, por lo cual aquellas respuestas dudosas se consideraron en red, junto con las demás mencionadas.

Para definir la variable “alegría” tuve en cuenta la clásica distinción entre emociones y sentimientos, para incluir tanto las menciones de estados de ánimo perdurables en el tiempo y que no resultan de una irrupción repentina (“felicidad”, “bienestar”, “bien”, “disfrute”), así como las “emociones reflejas” (Jasper, 2012), es decir, respuestas que tienden a ser automáticas frente a determinada situación y, en consecuencia, disruptivas y dramáticas (“alegría”, “euforia”). A las respuestas que declaran una razón para sentirse bien (por ejemplo: “Me siento bien porque es para que se den cuenta de lo que hacemos”), las codifiqué de acuerdo a las demás variables.

En la literatura anglosajona predomina el uso de la palabra “ira” para designar esa emoción de fuerte enojo frente a situaciones que se rechazan y que activa a la acción, de ahí que se la categorice dentro de las llamadas “emociones de agencia” (Poma y Gravante, 2017). A su vez, la ira es catalogada como emoción moral (Jasper, 2012), porque el hecho de que determinada situación la produzca, depende de que sea evaluada como injusta, lo cual supone juicios de comparación con patrones éticos. Privilegiando el primer sentido, en este estudio se la ha considerado como una emoción movilizante.

En las respuestas obtenidas aparece nombrada la “bronca”, categoría coloquial con la cual localmente se designa la ira. De este modo se evidencia el fuerte arraigo cultural desde el cual he caracterizado a las emociones, lo cual impide una traslación intercultural y menos aún una universalización del vocabulario para nombrarlas.

En la variable “tristeza” incluí menciones de angustia, dolor e impotencia. En este último caso atendí a la distinción entre pasiones alegres y tristes propuesta por Spinoza (2009): “las pasiones tienen un lado oscuro -la tristeza- que nos vuelve impotentes, nos impide conectarnos con nuestra propia vitalidad y accionar para producir cambios en nuestra vida. Mientras que las pasiones alegres movilizan afectaciones que permiten la transformación, porque nos conectan con

nuestra energía deseante, restituyendo nuestra capacidad de obrar” (Bonvillani, 2013, p. 92). La impotencia, como pasión triste, limita la posibilidad de movimiento y acción.

Siguiendo esta misma lógica, la “esperanza” (con su variación semántica “ilusión”) y el “miedo” son pasiones vinculadas con la alegría y con la tristeza respectivamente, mediando entre ellas una condición de duda temporal: la esperanza es la expectativa de la alegría que resulta frente a la imagen de un objeto futuro o añorado del pasado, y en cuanto tal, pasión alegre; mientras que el miedo es la potencialidad de la tristeza o la desesperación frente a la irrupción de un objeto que se teme o padece. Por todo ello ambas revisten el carácter de “inconstantes” (Spinoza, 2009).

La variable “emociones morales” refiere a “sentimientos de aprobación o desaprobación (incluidos aquellos relativos a nosotros y nuestras acciones) basados en instituciones o principios morales” (Jasper, 2012, p. 62). Ilustran la afirmación de que sentimos en asociación con lo que nos interesa y apreciamos como importante, desde evaluaciones cognitivas atravesadas por posicionamientos culturales. Los ejemplos que el mencionado autor ofrece son vergüenza, culpa, indignación y compasión: las tres primeras no aparecen en las respuestas obtenidas o lo hacen de manera insignificante, mientras que empatía y comprensión, en tanto asociadas a compasión, son mencionadas con mayor frecuencia.

Por definición las emociones morales resultan de juicios de valor que se aplican a determinada situación, pero no son los valores en sí mismos. En las respuestas obtenidas encontramos menciones de valores abstractos como “justicia”, “libertad”, “igualdad”, “solidaridad”, “lealtad”, “respeto” y “convicción”, así como significantes enunciados en primera persona (por ejemplo, “comprometida”) que muestran el compromiso subjetivo con la acción.

Denomino “emociones de evaluación” a las que resultan de una valoración de la lucha emprendida en la protesta, en otros términos, se trata del registro subjetivo de sus resultados. En consistencia con lo hallado en la literatura (Benski, 2010; Flam, 2015), los encuestados mencionan sentir orgullo y satisfacción, así como “valentía” y sus variaciones semánticas: “valor”, “coraje” y “aguante”⁸⁸.

Jasper (2012) caracteriza al orgullo como una emoción producida por dos fuentes: el logro de imagen positiva de aquel grupo que mediante la protesta reivindica su identidad desacreditada -

⁸⁸ Categoría local vinculada al universo semántico de la experiencia de ser hincha de fútbol en Argentina. Aguante es el registro corporal de la valentía: un cuerpo que soporta los desafíos de la lucha, la resistencia frente a las injusticias.

el ejemplo característico es el “orgullo gay”-, y, en un sentido genérico, la evaluación de estar “haciendo las cosas bien” en dicha acción. En este caso, prevaleció esta segunda acepción, atendiendo a las demás palabras que acompañaban a orgullo en la respuesta, tales como: orgullosa-compa a-aguante/orgullo-compromiso-valor.

Otra línea de significación dentro de emociones de evaluación, tiene que ver con expresiones que inicialmente aparecían como opacas o ambiguas: aquellas que validan el estar juntos en la calle como recurso o fuerza para la lucha, tales como “alegría de que seamos muchos”, “me siento bien porque es para que se den cuenta de lo que hacemos”.

La valoración positiva del haberse reunido en el espacio de la calle para materializar el reclamo es la faceta evaluativa de una de las emociones más frecuentes en la muestra, a las que he denominado “emociones del estar juntos”. Se agrupan aquí todas aquellas palabras que aluden a la experiencia del encuentro, así como a las emociones que suscita.

A partir del uso diferencial de categorías que los encuestados utilizan, se puede establecer una suerte de gradiente de implicaciones emocionales: desde efímeras interacciones cara a cara a propósito de la coincidencia espacio-temporal (“ambiente”, “conocer gente”, “ganar de ambientar”⁸⁹), pasando por la expresión del “encuentro” en “compa a” que no necesariamente implica involucramiento afectivo-emocional, hasta la máxima intensidad que suponen los vínculos con su registro de intimidad y construcción común (“conjunto”, “comunidad”, “unión”).

Desde la conceptualización de la acción colectiva de protesta en términos de una “cadena de rituales de interacción” (Collins, 2009), esta emoción describe un conjunto de efectos subjetivos que se producen en los participantes de estos rituales en el marco de la MDG, a saber:

-sentimientos de solidaridad grupal que devienen de la pertenencia a un colectivo (“compañerismo”, “compañeres”, “hermandad”, “me siento parte”, “incluido”)

-soporte afectivo que deviene de los vínculos (“seguridad”, “apoyo”, “abrigo”, “apoyada”, “contención”). El trabajo colectivo que supone gestionar la propia acción posibilita y requiere al mismo tiempo de una especie de “plus vincular” que opera al modo de un sostén an mico que amortigua las penurias cotidianas e, incluso, las decepciones cuando lo demandado no encuentra respuesta (Bonvillani, 2020a).

⁸⁹ Categoría local: producir y lubricar las posibles interacciones, facilitando un clima emocional ameno y distendido.

La variable “energía emocional” se forja en “la interacción a pequeña escala, aquí-y-ahora y cara-a-cara” (Collins, 2009, p. 17), en tanto es el escenario donde los actores sociales despliegan su acción en rituales. Define un estado de entusiasmo y agitación que viven los participantes de dichos rituales toda vez que entre ellos se produce “consonancia emocional”, a partir de que registran mutuamente distintas expresiones corporales indicativas de compartir un consenso acerca de lo que están viviendo intersubjetivamente. Las variaciones semánticas de esta variable son: “ganas”, “energía”, “potencia”, “intensidad”, “pasión”, “movilizada”, “motorizada”, “entusiasmo”, “manija”⁹⁰, “vivo”, “tensión”, “adrenalina”, “activo participante”.

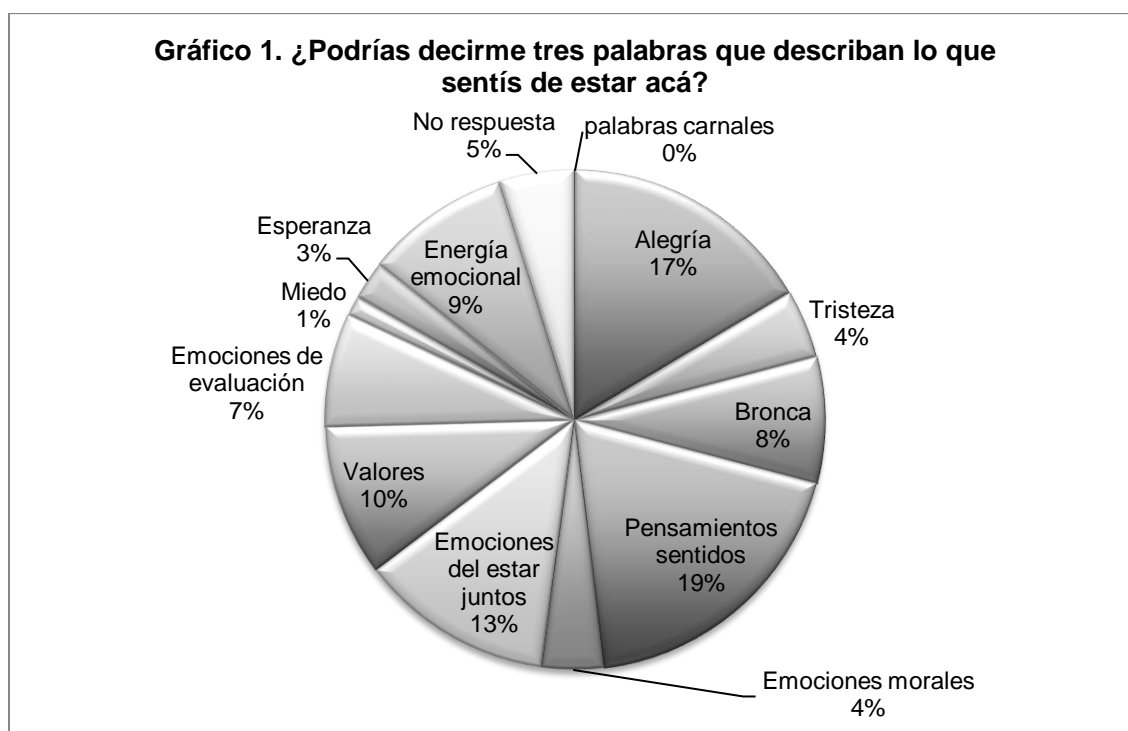
Frente a la interrogación por el sentir, muchos encuestados respondieron usando categorías analíticas propias del campo semántico de la lucha política y no estrictamente etiquetas asociadas al universo de los sentimientos o emociones. A este tipo de respuestas las he denominado “pensamientos sentidos”: son aquellos conceptos o conjuntos de conceptos con énfasis en lo ideológico y que remiten al “marco de acción colectiva” resultante de todos aquellos esfuerzos tendientes a producir interpretaciones compartidas sobre el mundo y las relaciones sociales que justifican, legitiman y movilizan dicha acción (Gamson, 1992). Los pensamientos sentidos que aparecen en la muestra se corresponden con los tres componentes del enmarcamiento de la acción colectiva que postula Gamson (1992) y permiten delinear los repertorios léxicos mediante los cuales los manifestantes de la MDG dan sentido a su experiencia: a) posicionamiento político respecto del conflicto que se expresa en la MDG (“me hace pensar en la violencia policial”, “arbitrariedad”, “discriminación”), b) cursos de acción/repertorios para enfrentarlo y los valores implicados (“lucha”, “resistencia”, “pelea”, “derechos”, “poder”) y c) un nosotros que define una identidad (“resistencia popular y villera”, “sujeto de derecho”, “pueblo”, “barrio”).

Las respuestas tales como “emoción”, “sensibilidad” y “sensible” solo se consideraron cuando el encuestado las especificó (por ejemplo: “Emociones tristeza y alegría”) o indicó la causa (por ejemplo: “emoción: es super movilizante, por ver gente reunida por luchar”), procediendo a recategorizarlas.

⁹⁰ “Manija” es una categoría local: “Entusiasmo, mucho, como que no puedes parar, y todo el tiempo, todo el tiempo, todo el tiempo (...) ese entusiasmo, ese fuego, y dan ganas de hacer todo” (Entrevista a Isa, integrante del grupo organizador de la MDG, 28/6/21).

Se han considerado como “no respuesta”, expresiones en las que se reconoce una dificultad para responder (“no se”, “no se me ocurre”, “no me surge otra palabra”) y a aquellas que resultan indescifrables (“misterio”, “gente”).

Como se aprecia en el Gráfico 1, establecí 11 variables que resumen las respuestas espontáneas a esta pregunta:



Fuente: elaboración propia.

A continuación analizo la articulación entre las variables resumidas en Gráfico 1, así como con otras variables de la encuesta (género, padecimiento de experiencias negativas con la policía, orientación ideológica, columna en la que se marcha, etc.), en diálogo con el acervo de conocimiento construido a instancias del trabajo cualitativo. Para dar cuenta de esta dinámica asumí un organizador referenciado en el campo de estudios específico, como es considerar las emociones de protesta en una línea de tiempo (Van Troost *et. al.*, 2013).

b) 1. Llegar a la calle:  qu  moviliza a los manifestantes?

Las acciones de protesta se presentan en distintos formatos: movilizaciones, insurrecciones, levantamientos, revueltas (Fillieule y Tartanowski, 2015). Una lectura canónica sobre las irrupciones insurgentes, las revueltas y los estallidos (peyorativamente, "turbas") es la provista por Le Bon (1895/1986), para quien la impulsividad instintiva de las masas hace perder a los individuos su condición civilizada y racional. Más allá de las evidentes connotaciones negativas y prejuiciosas de esta perspectiva, se puede conceder que la gama de emociones que caracterizan una experiencia premeditada y con una memoria común se diferencia de la que corresponde a una intensa explosión colectiva⁹¹.

La reciente ola de revueltas en Latinoamérica, particularmente Chile y Colombia, ha permitido identificar una emocionalidad política singular que acompaña procesos sociales desgarrados, en una especie de olla a presión que cuando estalla produce predominante una profunda efervescencia de ira e indignación (Rivera-Aguilera y Jiménez-Días, 2021).

Ira e indignación sintetizan una furia radical acumulada en una historia de injusticias que estallan en las calles y, entonces, se representan como las emociones que actúan encendiendo la mecha de la insurgencia colectiva, ocupando en la bibliografía consultada un lugar preponderante como motivaciones de la acción contenciosa⁹².

La caracterización precedente permite definir un campo para la producción y la dinámica de las emociones muy diferente en cada caso. La MDG no es una irrupción callejera espontánea ni intempestiva, sino una acción colectiva concertada que tiene más de una década de realización sostenida, lo que ha hecho posible acumular un conjunto de saberes y destrezas atinentes a su organización planificada, de acuerdo a lo reportado profusamente (Bonvillani, 2015c, 2018b y 2019).

En nuestro caso y atendiendo a la caracterización precedente, la alegría (17%) supera notablemente a la bronca (8%). Esta tendencia es consistente con emergentes del trabajo etnográfico realizado en diversas ediciones de la MDG, inspirando incluso una propuesta tipológica de alegría (Bonvillani, 2013).

⁹¹ Las emociones del estar juntos, en tanto producto de procesos grupales sostenidos en el tiempo, ilustran esta afirmación. De ellas me ocupar  más adelante.

⁹² Otra emoción de agencia política es el odio (Flam, 2005). Cabe destacar que no es mencionada en la encuesta, aún en sujetos afectados por la pérdida de un hijo o familiar por gatillo fácil que integran la muestra.

Dentro de la tradición de estudios feministas, Hochschild (1979) plantea que existen “reglas del sentir” por las que el patriarcado impone una suerte de régimen de proscripción de emociones de acuerdo al género. Así, vía la socialización, las mujeres aprendemos a reprimir la ira mientras que los varones incorporan la censura en la expresión del miedo, por lo cual una de las prerrogativas de los movimientos de mujeres es concientizar sobre esta imposición y luchar para su transformación.

De acuerdo al análisis realizado, el panorama de estas emociones en la MDG es diferente a lo que plantea la autora: aproximadamente el 18% de las mujeres de la muestra expresaron “bronca”, frente a un 15,9% de varones. Respecto del miedo, su menc n (1%) es muy baja y se distribuye proporcionalmente entre varones y mujeres. De acuerdo a estos porcentajes parecería no haber sentimientos vedados para mujeres y varones activistas, justamente porque lo son: la participación en la MDG se constituye en una experiencia política que produce transformaciones en las subjetividades de quienes la viven, a partir de las cuales es posible admitir para sí el derecho a expresar el hartazgo y los temores frente a una situación injusta y dolorosa. En esta dirección, en los últimos años, se observa un progresivo volcamiento de la MDG al universo reivindicatorio feminista (Bonvillani, 2018b) que potencia una socialización activista en esta clave.

En el prisma spinozista de pasiones alegres y pasiones tristes, se revela una clara predominancia de las primeras. Como se expres  anteriormente, la esperanza en tanto anticipación expectante de la alegría es una de las formas que esta puede adquirir y suma un 3% de menciones al 17% de emociones de bienestar y felicidad propiamente dicho. Si consideramos además que en la clave de Spinoza lo que define un afecto como alegre es básicamente su capacidad de movilizar el cuerpo para que agencie su propia existencia, entonces la aquí denominada energía emocional (9%) es claramente imputable a este universo de pasiones alegres, en tanto el entusiasmo y la vitalidad que se desprenden del estar juntos vibrando en la propia acción, actúan como motor de la movilización.

Como contracara de esta lógica, la tristeza (4%) y el miedo(1%) son comprendidos como pasiones tristes en tanto inmovilizantes.

Tabla1. Pasiones alegres/pasiones tristes

Pasiones alegres		Pasiones tristes	
Alegría	17%	Tristeza	4%
Esperanza	3%	Miedo	1%

	Energía emocional	9%	
Totales		29%	5%

Fuente: elaboración propia.

Si se pone el foco sobre el contenido de algunas respuestas es posible revelar la presencia de una emocionalidad compleja y diversificada, en continuidad con emergentes del acercamiento etnográfico previo:

Tabla 2. Constelación emocional

Encuesta	Respuesta 1	Respuesta 2	Respuesta 3
10	Alegría	Impotencia	Bronca (Aclara: no es bronca con enojo, sino transformadora a través del encuentro)
12	Alegría por marchar	Comprometida	Impotencia (Agrega: Injusticia también, en realidad no tendría que existir esta marcha)
65	Alegría de ver gente reunida	Uno llega con mucha bronca	Mezcla de alegría y bronca

Fuente: elaboración propia.

La mezcla de emociones que se experimenta en este tipo de experiencias ha sido denominada "constelación emocional" (Benski, 2011). En este concepto resuenan algunas características de las configuraciones subjetivas: en tanto valencias opuestas (alegría-tristeza; alegría-impotencia; alegría-bronca) pueden emerger y convivir simultáneamente al interior del registro subjetivo y, aunque el sujeto pueda reconocer su carácter contradictorio mediando un ejercicio de reflexividad, eso no impide que reconozca y exprese lo sentido en esos términos.

El primer libro que se publicó sobre la MDG se llamó “Callejeando la alegría y también el baj n...” (Bonvillani, 2015c) para sintetizar la presencia de climas emocionales que combinan complejamente el entusiasmo y la felicidad que suponen elevar un grito de injusticia y reclamo en la calle, aunque en el fondo prevalezca el dolor de la pérdida irreparable de las vidas jóvenes y la pena por ser objeto de la violencia policial cotidiana.

Si consideramos que un 34% de los que responden la encuesta no han vivido una experiencia negativa con la policía, mientras que un 85% nunca sufrieron una detención arbitraria es posible concluir que padecer de modo directo el hostigamiento y la violencia policial no es determinante para activar en su contra.

La combinación de algunos datos sociodemográficos hace posible conjeturar una predominancia de perfiles de manifestantes de clase media, con residencialidad cercana al circuito trazado por la MDG y que han tenido/tienen experiencia universitaria, pero con tendencia al desempleo o a ocupaciones precarias.

Estas cifras expresan con números una constatación recurrente en el acercamiento cualitativo a esta experiencia: se trata predominantemente de la politización de jóvenes que no son blancos directos de estas prácticas de persecución y exterminio, pero que se identifican con la demanda de justicia (Bonvillani, 2019).

No son los cuerpos alcanzados de manera física por la problemática que se denuncia, pero sí son cuerpos atravesados y con-movidos por un profundo sentimiento de injusticia: “Para indignarse es necesario reconocer una situación determinada como injusta. Esa es una emoción que resulta de la empatía con quien sufre y la evaluación de las razones por las que sufre” (Cadena-Roa, 2002, p. 212).

Como indica la literatura, las afectaciones sensitivas resultantes de juicios de valor (emociones morales), tanto como los valores en sí mismos ocupan un importante lugar entre las motivaciones que movilizan. Esta línea de sentido se nuclea en torno a sentimientos de empatía, solidaridad y compresión, que ponen en juego la “capacidad de sentir lo que los demás están sintiendo” (Poma y Gravante, 2017, p. 45).

Evidentemente los resortes subjetivos que activan la movilización no pueden reducirse a un mero cálculo de costo-beneficio, sino que exceden las explicaciones racionales, vía las emociones y los valores.

b) 2. ¿Cómo se siente estar ahí con otros luchando?

La vivencia del estar juntos activando la lucha en la MDG se refiere a un conjunto heterogéneo de experiencias, tal como se evidencia en las variaciones semánticas encontradas. Además de las meras coincidencias ocasionales en el espacio/tiempo del acontecimiento que, aunque atravesadas por la complicidad implícita frente a una causa que interpela a los presentes, no trascienden necesariamente esa mera grupalidad circunstancial, se pueden encontrar en el escenario de la MDG compromisos afectivos profundos que se desarrollan en un grupo consolidado debido a su permanencia en el tiempo. Como señalan varios autores de referencia (Flam, 2014; Jasper, 2012) de este tipo son los vínculos que actúan como motivaciones para la protesta.

Este formato describe particularmente la experiencia de un grupo de jóvenes que, proviniendo de espacios de activismo social, político, cultural del medio local o siendo autoconvocados, se conocen desde hace muchos años y desarrollan un proceso de trabajo colectivo al calor de la propia trayectoria de la protesta, los cuales forman un núcleo duro de “militantes históricos” y componen la Mesa que organiza la MDG de manera sostenida o intermitente (Bonvillani, 2019).

Habiendo constatado la alta frecuencia de emociones del estar juntos, una pregunta que surge es ¿de qué marco de experiencia proceden?

La variable emociones del estar juntos representa un 21,7% entre los que son debutantes, mientras que tiende a decrecer a medida que se incrementa la cantidad de ediciones de la MDG en la que se ha participado. A su vez, se observa una tendencia de asociación de esta emoción con la pertenencia previa a un grupo que se moviliza en columna, particularmente en agrupaciones artísticas, ya que 43,47 % de los que marchan en esta columna respondieron con alguna emoción del estar juntos, frente a un 27,65% de los que marchan con organizaciones barriales-comunitarias.

En síntesis, por lo menos en la muestra obtenida, los sentimientos de solidaridad y soporte afectivo que hacen parte del lazo social derivan más de la pertenencia a subgrupos (artísticos y territoriales) que nutren las columnas de la MDG que a la propia participación de la acción colectiva como un todo, en coincidencia con el llamado “Dilema de *Band of Brothers*” (Jasper, 2012. Cursivas en el original).

Como puede apreciarse en la siguiente Tabla, la energía emocional decrece a medida que la experiencia de marchar se vuelve solitaria:

Tabla 3. ¿Con quiénes marchás? y energía emocional.

�Con quiénes march�s?	Energía emocional
En una columna	22,13%
Con otra(s) persona(s)	19,40%
Solo/a	13,04%

Fuente: elaboración propia.

Como afirma Ahmed (2014) “Las emociones se mueven entre cuerpos” (p. 35) y, correlativamente, cuantos más cuerpos se afectan en el foco del “ritual de la interacción”, más energía experimentan. Como muestra la Tabla precedente, esta consonancia emocional (Collins, 2009) por la cual se produce una vibración sincrónica del sentir, se incrementa a medida que la experiencia de marchar se realiza entre más personas, como ocurre en la participación encolumnada.

Se detalla, a continuación, la distribución de manifestantes en estas columnas de acuerdo a la muestra obtenida:

Tabla 4. Cantidad de participantes por columna

�En cuál columna march�s?	Cantidad de personas
Organizaciones territoriales	47
Organizaciones políticas no partidarias	30
Agrupaciones artísticas	23
Partidos políticos	17
Agrupación estudiantil universitaria	7
Otras	7
Total	131

Fuente: elaboración propia.

La dinámica del ritual de interacción que se desarrolla en la zona donde marchan las agrupaciones artísticas ha sido analizada en varias ocasiones por el Núcleo de estudios que dirige la autora de este trabajo, debido a la presencia fundamental en la MDG de nutridos repertorios de

intervenciones que involucran el uso del cuerpo, tales como las dramatizaciones y performances creadas especialmente (Bonvillani y Latimori, 2021).

La literatura sobre protestas sociales define la “liberación emocional” de la ira y la indignación como productora de fuerza energizante que alimenta la acción común (Van Troost *et al.*, 2013). En la observación etnográfica del evento MDG así como en el discurso de activistas, emerge la alegría como energía corporal que contagia y es combustible que alimenta la lucha, ya que transmuta la “tristeza impotente en potencia política” (Bonvillani y Roldán, 2017, p. 197). La catarsis colectiva opera aquí vomitando en las calles la angustia sin consuelo de la pérdida de las vidas jóvenes a manos de la policía, pero adquiere un rasgo de identidad al producirse festivamente al cantar, bailar, reír y moverse juntos al compás de la m sica, en una experiencia sensorial y cenestésica que refuerza el impacto emocional (Jasper, 2012).

La energía emocional es tanto un ingrediente como un resultado de cadenas de rituales de interacción, ya que la memoria de haber vivido experiencias satisfactorias anteriores es una motivación para participar en nuevas acciones con otros. En el flujo de energía emocional se produce una recursividad entre medios y fines: cuanta más se produce, se incrementa la motivación para seguir participando (Jasper, 2012).

Gran parte de las respuestas contenidas en la variable energía emocional, tienen en común un gesto que involucra transformaciones en el cuerpo, ya sea porque refieren a su movimiento propiamente dicho, a la significación simbólica de esta energía o, incluso, a las sustancias que acompañan el proceso orgánico, como la adrenalina. Estos significantes –ahora identificados y contabilizados– permiten constatar la presencia de esta dimensión visceral, sensorial, táctil, kinestésica que se ha evidenciado como ineludible en tantos años de exploración cualitativa de la MDG⁹³.

Rescatando el esfuerzo para representar con palabras este registro corporal del estar ahí, se hacen inteligibles esos resultados dispersos, esos significantes caóticos e indisciplinados que brotan de la encuesta, ya que podrían ilustrar parte de la complejidad de las configuraciones del sentir. Por ejemplo, una de las reacciones frente a la pregunta  qu  sentís de estar acá? fue “algo en la panza”. Categorizada inicialmente como “no respuesta” podría, sin embargo, ser la plenitud de lo que la encuesta buscaba en términos de afectos, es decir, “palabras carnales” que hablan lo

⁹³Los registros fotográficos y audiovisuales ayudan a comprender la intensidad de esta afectación corporal en la MDG. Se pueden consultar en <https://colectivoinvestigadormdg.wordpress.com/2018/05/11/video-6ta-marcha-de-la-gorra/>

más cerca posible de la materialidad del cuerpo, del sentir de sus órganos, de la piel, de la carne (Encizo Domínguez, 2015).

Entre manifestantes que expresaron “pensamientos sentidos”, el 45% se orientaron ideológicamente dentro de la izquierda/centro izquierda. Se trata, entonces, de enunciados cuya fuerte resonancia emocional se nutre de reverberaciones ideológicas por las cuales los sujetos toman posición en el mundo, en este caso, se trata de imaginarios de activismos propios de las tradiciones de izquierda. Revolución, poder, pueblo, resistencia, derechos son significantes que operan performáticamente y producen sensaciones en el cuerpo: ¿acaso pronunciarlas no es un poco vivirlas? Por ejemplo decir “poder”, identificarla dentro del arsenal de palabras para hacerle foco en la conciencia y pasar la sensación de poder por cada parte del cuerpo cuando se la pronuncia, configura un circuito emocional, cognitivo y práctico que se alimenta recursivamente.

Decir y hacer concientes los pensamientos sentidos moviliza afectación emocional. Los estudiosos que han examinado este aspecto del enmarcamiento proponen la noción de resonancia emocional para referirse a la alineación entre la ideología de un movimiento y la vida emocional de los activistas (Cadena-Roa, 2002; Van Troostet. *al.*, 2013).

b) 3. Emociones del para qué

Diversos autores analizan estas emociones teniendo como parámetro el logro de los objetivos de la acción, posición que debería matizarse teniendo en cuenta la relativa opacidad sobre la intencionalidad de las prácticas sociales, advertida en una sección anterior de este artículo.

Más allá de estas discusiones respecto de la MDG existe un hecho incontrastable: su permanencia ininterrumpida desde 2007, sorteando todo tipo de obstáculos, incluso las restricciones a la circulación derivadas de la pandemia Covid-19 en su edición 2020. Louis (2009) conceptualiza la “paradoja de la participación persistente” (p. 729) a partir de la existencia de compromiso emocional arraigado a largo plazo entre participantes que van constituyendo redes más allá de la experiencia específica en la calle. Retomando la propuesta weberiana, Jasper (2012) explica que en el tipo de acción afectiva los medios son los fines, lo que aplicado a nuestro caso implica que la perseverancia de una acción colectiva a lo largo de más de una década pueda deberse, al menos en parte, a las satisfacciones del estar juntos, del disfrutar de la energía emocional que a su vez opera recursivamente.

Los componentes de la constelación emocional antes referida muestran alegría y bienestar junto con sutiles matices de tristeza e impotencia, producto de cierto pesimismo y frustración

resultante de la cruel permanencia de aquello que motiva la lucha. Es posible que inquietudes de este tipo no hayan tenido más presencia en las respuestas debido a que un 58% de la muestra no supera las dos veces de haber participado en la MDG, mientras que un 26% es la primera vez que lo hace.

Las emociones con las que se evalúa el devenir de la lucha son de orgullo y satisfacción que produce estar ahí poniendo el cuerpo. Refieren a una autopercepción positiva centrada en la valentía, experimentada en una clave tanto singular como colectiva. Se trata de meta evaluaciones emocionales, es decir, de evaluar la capacidad propia para hacer frente a la situación de injusticia (Van Troost *et. al.*, 2013).

Algunos de los enunciados contienen emociones de alegría y entusiasmos resultantes de evaluaciones referidas a la numerosidad de la convocatoria. En el trabajo de campo realizado en la edición 2020 de la MDG, y a propósito de la posible disminución de cuerpos en la calle por la aplicación de normas sanitarias de aislamiento social en pandemia, emerge como línea de sentido esta proyección cuantitativa anudada a un imaginario de éxito, basado en la presentación pública de la protesta como fuerza social de gran magnitud (Tamayo y Torres, 2015).

Conclusiones

El propósito de este artículo ha sido avanzar en la formulación de una propuesta teórica-analítica del concepto de subjetividades políticas y darle fundamento a partir de algunos hallazgos en el estudio de una acción colectiva de protesta anti-represiva, comprendida como experiencia de subjetivación política para sus participantes.

Conceptualizar la(s) subjetividad(es) como una configuración de distintas dimensiones, cada una de las cuales tiene una relativa capacidad de jerarquización como llave explicativa de la configuración en su totalidad, implica romper con determinismos. Por ende, esta aproximación teórica es un esfuerzo por no reducir la cualidad subjetiva ni a la cognición, ni al deseo, ni a los valores, aunque cada uno de estos aspectos tenga un peso relativo en sus formas de manifestación.

En el análisis de la encuesta, en consonancia con lo que se vislumbra a partir de la etnografía desarrollada con antelación, emerge con toda claridad esta característica de trama compleja de las subjetividades: muchas de las respuestas no expresan de modo lineal una emoción o sentimiento, sino que aparecen imbricados juicios intelectuales y valores que, en conjunto, intentan producir una interpretación de la experiencia que se est  viviendo.

La disección teórica entre sentires-pensares-haceres es resistida por el peso del carácter configuracional de la subjetividad en lo empírico.

La categoría emergente “pensamientos sentidos” ilustra cabalmente esta afirmación, ya que muestra que el sentido subjetivo sobre la experiencia se produce en procesos de semantización específicos en los cuales interviene el tratamiento cognitivo de la información, inscripto en el enmarcamiento simbólico de la acción colectiva que, a su vez, son registrados al modo de un sentir que conmueve al cuerpo. Esta compleja mixturase pone al servicio de la legitimación de la práctica colectiva.

Los pensamientos sentidos permiten ejemplificar, además, el activo proceso de significación por el cual los sujetos en prácticas comunicativas colectivas y utilizando recursos simbólicos-discursivos, inventan lenguajes, crean un repertorio de palabras para hacer público el dolor, desbordando el registro meramente representacional de la situación que repudian.

La limitación explicativa de los modelos de acción racional se evidencia tanto respecto de las motivaciones para marchar como de la permanencia de la práctica activista. El papel de las emociones en las manifestaciones colectivas se constituye en un analizador significativo, ya que desde la lógica racional de cálculo podría parecer absurdo que se realicen actos ajenos a la conveniencia personal o que incluso pongan en riesgo la propia integridad física. En este marco los valores abstractos como las emociones morales que resultan de su aplicación, ocupan un lugar importante en el mapa del sentir de la MDG, poniendo en evidencia que las cogniciones evaluativas por las cuales se significa como injusto el contenido de un agravio laceran subjetivamente y pueden empujar a la acción, aunque no se haya sido su víctima directa. En la ecuación que intenta comprender la pervivencia de la MDG por más de una década, la fuerte carga valorativa del marchar por empatía con aquellos que sufren la experiencia en carne propia, se potencia con las emociones del estar juntos, un disfrute que depara el encuentro y la sociabilidad entre pares, muy presente en la faz cualitativa del estudio (Bonvillani, 2016).

Las relaciones informadas cuantitativamente en el análisis de la encuesta entre la emoción del estar juntos y la energía emocional pueden caracterizarse como recursivas: el entusiasmo sentido al compartir la vibración de los cuerpos produce más deseos de hacerlos, ambos, componen un motor “para contrarrestar la impotencia frente a las injusticias, las muertes de los jóvenes a manos de la policía” (Bonvillani y Roldán, 2017, p. 189). Al mismo tiempo la satisfacción del marchar en colectivo implica cierto cálculo: la mayor visibilidad de cuerpos en la calle contribuye con la incidencia política-institucional de la protesta.

En síntesis, la práctica del activismo de protesta en la MDG encuentra “razonabilidad” en diversas fuentes: axiológicas, emocionales y de evaluación intelectual, dinámica que permite ilustrar el carácter complejo y mutuamente modificante de las dimensiones que componen la configuración subjetiva como constructo teórico. Lo singular de esta concepción de subjetividad es que dichas dimensiones se mixturana y crean sentidos propios, que no reproducen ni se reducen a ninguna de ellas, siendo imposible determinar a priori cuál será la decisiva para caracterizar la particularidad de cada registro de la experiencia.

En esta lógica las incoherencias que se pudieran detectar entre planos (intelectual-emocional, por ejemplo) o intraplano (emocional) no son representadas como errores o sesgos, sino como la plena expresividad del principio de complejidad que subyace al modelo teórico de la configuración. Así, por ejemplo, en la constelación emocional propia de la MDG danzan caleidosc picamente la alegría acompañada de una precavida esperanza, a la par de la tristeza y el miedo. La puesta en diálogo cuali/cuanti -que est  en el trasfondo de este trabajo- ha permitido identificar claramente y cuantificar proporciones en las que se combinan estas emociones, expresando en lenguajes numéricos las recurrencias sostenidas en el trabajo de campo etnográfico.

Evidentemente la separación dicotómica entre “alteración corporal automática” y conciencia reflexiva deliberada (Nussbaun citada en Jasper, 2012) puede alimentar polémicas enciclopedistas, pero invisibiliza el carácter complejo del proceso de significación de la experiencia. Así, los pensamientos sentidos se revelan como construcciones cognitivas que actúan como un sentir, es decir, palabras que expresan la toma de posición política-ideológica respecto del conflicto que articula la MDG y, en consecuencia, est n cargadas valorativamente por la cosmología discursiva de las fuerzas progresistas locales. Estos significantes desnudan la semiosis liminar del proceso configurador de subjetividades: son fragmentos de un acto de pensamiento con el que se simboliza la vivencia sentida de participar en la acción colectiva.

En esta misma dirección, la emergencia de palabras carnales utilizadas para expresar este registro de afectación corporal, permite abrir una hendidija por la cual plantear que la simbolización a través del discurso es una herramienta con la cual podemos sentipensar nuestras experiencias, como parte de los que somos en tanto subjetividades en el mundo. Ya los llamemos afectos o emociones, la discusión debería plantearse en torno a las posibilidades/limitaciones de acceder y contener este registro. La observación (directa) facilita la comunicación cuerpo con cuerpo, afectación con afectación: la del/la manifestante, la de la investigadora. Y es la que ha permitido

darle sentido a las palabras de la encuesta que evocan resonancias orgánicas de la dimensión sensorial/kinestésica de la experiencia de marchar. Ahora:  qu  es posible después sino la traducción de lo sentido, visto, oído, olido, tocado en algún término comunicable ya filtrado por el tamiz de la razón normatividad del discurso?

La significativa presencia de las emociones del estar juntos sirve para ejemplificar el supuesto de su carácter psicosocial, ya que se forjan en marcos vinculares que reconocen diversas génesis: la experiencia en la propia red afectiva que se ha tramado en la historia de la MDG, así como en espacios de militancia político-partidarios y territoriales. Si tenemos en cuenta que un alto porcentaje de la muestra ha transitado por la Universidad Nacional de Córdoba, es posible que esta sea otra de las fuentes que nutre estas trayectorias de participación en el marco de las cuales se desarrolla sociabilidad entre pares, conjetura que se refuerza en la afinidad constatada entre la protesta y la institución de formación superior local (Bonvillani, 2018b).

En este trabajo he podido demarcar lo que llamar  “zona de experiencia”, una categoría teórica emergente que se muestra fértil para dar cuenta de anclajes situacionales que permiten identificar matices en los modos de habitar la marcha y se asocian a configuraciones de subjetividad política particulares. Una de ellas es la que proviene de militancias previas y/o paralelas que enmarcan la vivencia de participar en la MDG desde los universos ideológicos de la izquierda local, como puede observarse en los pensamientos sentidos. Otra zona de experiencia es la de las agrupaciones artísticas marcada ineludiblemente por la afectación orgánica: cuerpos en movimiento feroz, gritos, sonidos y colores intensos, registro donde predomina la energía emocional combustible de lucha.

Para finalizar propongo algunas reflexiones metodológicas. Como recurso técnico la encuesta limita las posibilidades de lectura de los procesos de subjetivación política, mientras que –con limitaciones- es más afín con la exploración de contenidos resultantes de dichos procesos, es decir, con sus dimensiones emocionales, valorativas, cognitivas y prácticas. Una de esas limitaciones fue el hecho de que el cuestionario aplicado solicitara tres palabras para representar lo que sentían de estar en la marcha, pre-moldeando discursivamente las formas de objetivar la propia vivencia (Bonvillani, 2013).

Resulta evidente que estudiar emociones abre una dimensión de lo subjetivo no reductible a lo discursivo, todo lo cual constituye un desafío epistemológico y metodológico especialmente relevante para el desarrollo del campo investigativo de la emocionalidad política. La triangulación creativa de recursos de observación etnográfica para “mirar” la expresión de afectación corporal en

artistas-manifestantes con algunos hallazgos provenientes de la interpretación de significantes resultantes de la encuesta tales como la energía emocional y las emociones del estar juntos, es una apuesta productiva a profundizar.

En el trasfondo de este modo de agenciar la investigación de las subjetividades políticas ubico el ejercicio de la que denomino “actitud cualitativa” (Bonvillani, 2020c), inscrita en mi propia disposición subjetiva para acompañar de manera sensible a los sujetos en esta travesía de exploración/expresión de sí. Esta disposición se actualiza en el modo elegido para realizar la operación analítica de recategorización de las respuestas de la encuesta, orientada más por la búsqueda de sentidos subjetivos de los manifestantes que por su tratamiento descriptivo/estadístico.

En este ejercicio de epistemología cualitativa son relevantes tanto los fundamentos por los cuales se justifica la decisión de la investigadora, como los resultados de su aplicación. Por ejemplo, los “no se”/“no se me ocurre” considerados “no respuestas” desde la doxa procedimental de las encuestas, en mi interpretación son indicadores de la presencia paradójica de una ausencia: un no saber sobre el sentir (Ahmed, 2014) que impugna la idea consagrada de la (imaginada) transparencia que nos habita, en tanto seres en plenitud racional.

La experiencia incorporada en una trayectoria de investigación cualitativa con la MDG me ha permitido conocer el universo de significaciones propio de esta comunidad de sentido, más allá de matices y particularidades que delinear una experiencia heterogénea y compleja. Este conocimiento opera como contexto de significación que me permitió interpretar las “palabras aisladas” que constituyen muchas de las respuestas a la encuesta, como por ejemplo sucede con las llamadas categorías locales.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2014). *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Anunziata, R. (2020). La acción conectiva de las mujeres. Análisis de la movilización del #ParoInternacionalDeMujeres del 08 de marzo de 2017. *Dígitos*, 6, 159-180.
- Benski, T. (2010). Emotion maps of participation in protest: The case of women in black against the occupation in Israel. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 31, 3-34.

- Bonvillani, A. (2010). Jóvenes cordobeses: una cartografía de su emocionalidad política. *Nómadas*, 32, 27-45.
- Bonvillani, A. (2012). Hacia la construcción de la categoría "subjetividad política": una posible caja de herramientas. En C. Piedrahita (Comp.) *Subjetividades Políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (191-202). Colombia: CLACSO-Universidad Francisco José de Caldas.
- Bonvillani, A. (2013). Cuerpos en marcha: emocionalidad política en las formas festivas de protesta juvenil. *Nómadas*, 39, 91-103.
- Bonvillani, A. (2015a). El Código de Faltas de la provincia de Córdoba (Argentina) como dispositivo de poder. La construcción de la seguridad a partir de la equivalencia simbólica "joven pobre=peligroso". *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas* 7(11), 81-101.
- Bonvillani, A. (2015b). Pensar los sentimientos, sentir los pensamientos. Sentipensando la experiencia subjetiva. En C. Piedrahita (Comp.), *Pensamientos críticos contemporáneos: análisis desde Latinoamérica* (97-112). Colombia: CLACSO-Universidad Francisco José de Caldas.
- Bonvillani, A. (2015c). *Callejeando la alegría... y también el baj n. Etnografía colectiva de la Marcha de la Gorra*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Bonvillani, A. (2016). Habitar la Marcha: notas etnográficas sobre una experiencia de protesta juvenil. *Universitas Psychologica*, 14(5), 1599-1612.
- Bonvillani, A. (2017). Pensar en la intemperie. Tensiones ontológicas-epistemológicas y metodológicas en la producción de la "subjetividad política". *Quaderns de Psicologia*, 19(3), 229-240.
- Bonvillani, A. (2018a). Etnografía Colectiva de Eventos: La Cronotop a Paradojal de la Marcha De La Gorra (Córdoba, Argentina). *De Prácticas y Discursos* 7(9), 161-184.
- Bonvillani, A. (2018b). *Entre el folclore de la fiesta y lo irreparable de la muerte juvenil: la experiencia de la Marcha de la Gorra*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario
- Bonvillani, A. (2019). Vicisitudes de la construcción de la identidad colectiva en una experiencia de movilización juvenil en Córdoba (Argentina). *Prácticas de oficio* 2(22), 124-134.
- Bonvillani, A. (2020a). La acción colectiva juvenil como experiencia de subjetivación política. En G. Castro (Comp.) *Juventudes en movimiento: avatares y desafíos* (187-206). Buenos Aires: Teseo.
- Bonvillani, A. (2020b). Verdugueo: sentidos subjetivos acerca del hostigamiento policial que sufren jóvenes de sectores populares de Córdoba (Argentina). *Polis* 55, 24-39.

- Bonvillani, A. (2020c). Todos los días morir un poco. Sentidos subjetivos de juventudes alcanzadas por la violencia policial. *JOVENes*, 35, 77-104.
- Bonvillani, A. y Latimori, A. (2021). Dimensión simbólica del arte y politicidad juvenil: análisis de una intervención artística en el marco de una acción colectiva de protesta. *Desde el Sur*, 13(1), 113-136.
- Bonvillani, A. y Roldán, M. (2017). Politización de los cuerpos juveniles: la Marcha de la Gorra como performance multitudinaria. *Aposta* 74, 165-203.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Cadena-Roa, J. (2002). Strategic framing, emotions, and SUPERBARIO – Mexico City’s masked crusader. *Mobilization*, 7(2), 201–216.
- Castorina, J. (2016). El significado del marco epistémico en la teoría de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales*, 11(21), 79-108.
- Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos
- Fisher, D., Andrews, K., Caren, N., et. al. (2019). The science of contemporary street protest: New efforts in the United States. *Science Advances* (5), 1-15.
- Encizo Domínguez, G. (2015). Una travesía de las emociones al afecto en las prácticas del poliamor. O lo que las palabras callaban sobre el cuerpo. Tesis de Doctorado no publicada, Departament d'Antropologia Social i de Prehistòria, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Flam, H. (2015). Micromobilization and Emotions. In D. Della Porta & M. Diani (eds.) *The Oxford Handbook of Social Movements*. Oxford: Oxford University Press.
- Gamson, W. (1992). *Talking Politics*. New York: Cambridge University Press.
- González Rey, F. (2002). *Sujeto y subjetividad. Una aproximación histórico-cultural*. México: Thomson.
- González Rey, F. (2012). La subjetividad y su significación para el estudio de los procesos políticos: sujeto, sociedad y política. En C. Piedrahita (Comp.) *Subjetividades Políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (11-30). Colombia: CLACSO-Universidad Francisco José de Caldas.
- Fillieule, O. y Tartanowski, D. (2015). *La manifestación. Cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hochschild, A. R. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85, 551-575.

- Jasper, J. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 4(10), 48-68.
- Klandermans, B., van Stekelenburg, J. & Walgrave, S. (2014): Comparing Street Demonstrations. *International Sociology*, 29(6), 493-503.
- Lahire, B. (2005). *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. Dudas y críticas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Le Bon, G. (1895/1986). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.
- Louis, W. (2009). Collective Action—and Then What? *Journal of Social Issues*, 65(4), 727-748.
- Llano En Llamas (2020). *La foto revelada*. Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL)<https://www.llanocordoba.com.ar/wp-content/uploads/2020/08/LA-FOTO-REVELADA.-Informe-completo-ok.pdf>
- Massumi, B. (1995). The Autonomy of Affect. *Cultural Critique*, 31, 83-109.
- Ortner, S. (2005). Subjectivity and cultural critique. *Anthropological Theory*, 5(1), 31-52. doi:10.1177/1463499605050867
- Poma, A. y Gravante, T. (2017). Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances. *Aposta*, 74, 32-62.
- Rivera-Aguilera, G., Imas, M., y Jiménez-Díaz, L. (2021). Jóvenes, multitud y estallido social en Chile. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(2), 1-24.
- Scott, J. (2001). Experiencia. *La ventana*, 13, 42-73.
- Somma, N., Rossi, F. & Donoso, S. (2019): The Attachment of Demonstrators to Institutional Politics: Comparing LGBTIQ Pride Marches in Argentina and Chile. *Bulletin of Latin American Research*, 39(1), 1-18.
- Spinoza, B. (2009). * tica demostrada según el orden geométrico*. Tecnos: Madrid.
- Tamayo, S, y Torres, R. (2015). Apropiación social del espacio de la protesta. En H. Combes, S. Tamayo y M. Voegtli (Coord.) *Pensar y mirar la protesta* (381-415). México: Universidad Aut noma Metropolitana.
- Van Stekelenburg, J., & Klandermans, B. (2013). The social psychology of protest. *Current Sociology*, 61(5–6), 886–905.
- Van Troost, D., Van Stekelenburg, J. & Klandermans, B. (2013). Emotions of protest. In N. Demertzis (Edit.) *Emotions in Politics: The Affect dimension in Political Tension* (186-203). Reino Unido: Palgrave.